

**1968:**

## ***REFLEXIONES Y REMINISCENCIAS***

*Carlos Sevilla*

En los treinta años transcurridos desde que tuvo lugar el Movimiento Estudiantil, muchas veces he sido invitado para hablar de ese acontecimiento histórico y sin ningún problema he vertido mis opiniones.

Siempre he procurado analizarlo como un hecho social en el que participé, pero ante el cual procuro mantener la distancia que aconsejan los manuales académicos: pero ahora debo confesarles que me siento un tanto intimidado, porque se nos ha pedido que hagamos referencia también a algunas de las vivencias que tuvimos entonces y siempre me ha inhibido hablar en primera persona.

Pero, puesto que estamos en confianza y en nuestra Facultad, voy a tratar de sobreponerme a la timidez y dando por supuesto que cuento con su indulgencia. intentaré presentar algunas anécdotas e ideas más o menos sueltas, sin más pretensión que hacer un bosquejo impresionista del tema. Comenzaré haciéndoles una confidencia: en 1968 yo sí era un subversivo. Con esto quiero decir que era un marxista declarado de los que consideraban necesaria una revolución como precondition para establecer una sociedad libre y justa. Aún más, consideraba que esa re-

volución sería violenta y que, como lo prescribía Marx, destruiría despóticamente el aparato estatal al servicio de los opresores.

En descargo mío puedo decir que yo no nací subversivo, sino que las circunstancias me hicieron y, para ser más preciso, esta Facultad contribuyó decisivamente a tal efecto. Para explicarme haré un poco de historia. Antes de interesarme en la política, yo estudiaba Filosofía y mi maestro de Epistemología, Pedro Rojas, director a la sazón de Radio Universidad, me dio la tarea de hacer algunos programas sobre asuntos sociales. Buscando temas a desarrollar, asistí a los extraordinarios cursos de invierno que organizaba la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales cuando su director era el Dr. Pablo González Casanova. Comenzaba el año de 1959, y el curso que más me impresionó fue el impartido por un brillante y joven profesor llamado Enrique González Pedrero, sobre la Revolución Cubana que había triunfado hacía menos de dos semanas.

Durante sus exposiciones, González Pedrero se hizo acompañar de varios revolucionarios cubanos, entre ellos una mujer, que si no me equivoco era Vilma Espín, quien fue la conductora de Radio Rebelde durante la lucha y era una oradora electrizante. Además de la prolija información que recibimos del profesor sobre la dictadura, los revolucionarios nos expusieron sus planes idealistas y los problemas que enfrentaban para realizarlos. No exagero si les digo que esa experiencia cambió la vida de una buena parte de los asistentes al curso. Con algunos de ellos establecí después una amistad que fue creciendo y estrechándose en los años sucesivos al calor de numerosas vivencias compartidas.

Esos cursos significaron para nosotros la introducción a ese torbellino social, político y cultural que fue la década de los años sesenta en México y en el mundo entero, que tuvo su momento estelar en 1968 cuando se produjo lo que tal vez podría denominarse la primavera de la juventud. Fue una experiencia sin precedente en la historia porque, como ustedes recordarán, ya se había generalizado el uso de la televisión y el mundo se iba convirtiendo en la aldea global que ahora nos es tan familiar.

Los que éramos subversivos seguimos paso a paso los acontecimientos internacionales en los que creíamos descubrir numerosos indicios de

que se cumplieran las profecías revolucionarias: el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, la crisis de los misiles en Cuba, la Guerra de Vietnam, el asesinato del presidente John F. Kennedy, los movimientos por la paz, etcétera. Discutíamos incansablemente sobre su significado, a menudo nos enfrentábamos en función de nuestras respectivas interpretaciones y, algunas veces, llevábamos a cabo acciones comunes para patentizar nuestra solidaridad internacionalista. Con mayor interés aun seguimos los acontecimientos nacionales: la represión del movimiento ferrocarrilero, el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia, el Movimiento de Liberación Nacional, la campaña del Frente Electoral del Pueblo, el Movimiento Cívico Guerrerense y la guerrilla que le siguió, las ocupaciones militares de las universidades, los encarcelamientos de los implicados en las supuestas “conspiraciones comunistas”, etcétera. Al principio sólo fuimos espectadores de los hechos que, por lo demás, se producían lejos del medio en que vivíamos. Conforme fue pasando el tiempo, nos hicimos participantes cada vez más activos e incluso llegamos a ser conocidos en ciertos círculos.

De modo que cuando tuvo lugar el Movimiento Estudiantil ya me consideraba yo un veterano. De hecho, en ese mismo año, había participado en la formación de la Preparatoria Popular, como parte de un trabajo revolucionario, que consideraba era a largo plazo, para transformar al país. Al lado de compañeros de Ciencias Políticas y de Filosofía y Letras, me había incorporado a la lucha de unos dos mil estudiantes que no habían sido admitidos en las preparatorias de la UNAM. Se ocuparon salones y espacios de CU que no se usaban y se llamó a pasantes y graduados para que impartieran clases gratuitamente. A pesar del acoso permanente de los porros y otras fuerzas represivas, la Preparatoria Popular tuvo resultados alentadores cuando se realizaron los exámenes del primer semestre. Las autoridades de la UNAM reconocieron ese logro y acordaron, a cambio de que se desocuparan los espacios de CU, proporcionar un edificio a la Preparatoria e iniciar los trámites para el reconocimiento de los estudios que se realizaban en ella.

El estallido del Movimiento Estudiantil tuvo lugar unos cuantos días después de que se había logrado ese acuerdo, y aunque no había duda

---

sobre la solidaridad de los estudiantes de la Preparatoria Popular con el Movimiento, se trató de continuar las clases para consolidar lo que ya se había logrado. Pero no fue posible, pronto nos vimos inmersos todos en la revuelta juvenil. Y debo decir que los estudiantes de la Preparatoria Popular que habían pasado casi un año en lucha, desempeñaron un importante papel como organizadores, principalmente en los planteles de educación media, y como agitadores en las plazas públicas, los mercados, los autobuses.

Yo pasé a formar parte del Comité de Lucha de Filosofía, que era particularmente abierto y democrático. También participé en el Consejo Nacional de Huelga y en toda una serie de tareas que demandaban estar activos mañana, tarde y noche. Por las experiencias que había acumulado hasta entonces, me creía capaz de dar respuesta a cualquier problema que se presentara y estaba seguro que el Movimiento serviría a las organizaciones revolucionarias para acumular fuerzas.

Sin embargo, pronto me percaté de que las cosas ocurrían de manera diferente a como las había imaginado. Para empezar, el movimiento resultó mucho más amplio de lo previsto y también más desordenado y radical. Ya no éramos sólo los compañeros de los pequeños grupos de izquierda que aunque hablábamos de que la revolución sería violenta, nos cuidábamos de no dar pretextos al gobierno porque habíamos conocido en carne propia la represión y sabíamos que las leyes eran poco menos que letra muerta.

Los jóvenes que irrumpieron en la arena política en 1968 tenían una actitud completamente diferente a la nuestra. No veían la lucha encaminada hacia el futuro sino completamente anclada al presente. A diferencia de nosotros, ellos se concebían ya como sujetos de derechos que debían defenderlos incondicionalmente. Si las agencias policíacas y el gobierno violaban sus garantías ciudadanas e individuales, no solamente consideraban que tenían derecho a defenderlas, sino también creían que era obligatorio hacerlo.

Para ilustrar esto puedo referirles alguna de mis experiencias durante el movimiento que, al recordarla, todavía me hace sonrojar. Por ejemplo, cuando, formando parte de las brigadas que salían a la calle para infor-

---

mar a la población sobre las agresiones del gobierno contra los estudiantes, me percaté de que un grupo de granaderos se dirigía hacia nosotros con el claro propósito de reprimirnos. Mi reacción reflejo fue correr para evitar la golpiza y hasta que ya había corrido casi una cuadra, me di cuenta de que prácticamente iba solo, pues la mayor parte de los brigadistas habían decidido enfrentar a los granaderos y no huir.

De consecuencias mucho mayores fue lo ocurrido después del informe presidencial del 1 de septiembre que claramente anunciaba la decisión gubernamental de reprimir la rebelión juvenil. Los que éramos "radicales" concluimos casi unánimemente que era necesario levantar la huelga para no exponernos y poder desarrollar nuevas y más seguras formas de lucha. Pero la mayor parte de los estudiantes se opuso a esa medida y decidió arrostrar los riesgos de continuar el movimiento.

En este aniversario, como nunca antes, la rebelión estudiantil de 1968 ha sido conmemorada con actos, conferencias, mesas redondas, entrevistas y programas especiales en todos los medios, la publicación de nuevos libros y la reedición de algunos de los viejos. Pero como ocurre casi siempre con los acontecimientos históricos, la mirada con la que contemplamos, es la mirada desde la problemática social contemporánea.

Actualmente las interrogantes que se plantean en torno al 68 a menudo se refieren a su relación con el proceso de cambio político asociado a la llamada transición a la democracia. Las teorías conspiracionistas del gobierno y la derecha retrógrada que atribuían el Movimiento a una maquinación comunista, apenas son tomadas en cuenta. Lo mismo ocurre con las interpretaciones economicistas que trataron de explicar la inconformidad de los jóvenes con la falta de oportunidades. En cambio han cobrado fuerza las formulaciones rigurosas como las de Octavio Paz, Javier Barros Sierra y Gastón García Cantú, entre otros, que desde un principio descubrieron que lo fundamental de la protesta estudiantil fueron las demandas de hacer pública la vida pública y someter a la Ley a los gobernantes. Con su penetración característica, Paz afirmó que los estudiantes rebeldes eran democratas inconscientes.

No es posible dentro de una breve intervención ocuparse de manera particular de cada interpretación, sólo se puede intentar una respuesta

---

general. A tal efecto, lo primero que debe subrayarse sobre el Movimiento Estudiantil, es que tuvo un carácter espontáneo, fue una explosión, no una conspiración. Los jóvenes reaccionaron ante un castigo que les infligió el gobierno, porque consideraban que no tenía derecho a hacerlo. Lo peculiar de esos jóvenes es que se concebían como sujetos de derechos y ya no aceptaban la pretensión de la autoridad según la cual los habitantes de este país habían nacido para obedecer. Hijos del desarrollo que propició el propio régimen autoritario, fueron el primer factor masivo moderno de la sociedad mexicana que irremisiblemente entra en contradicción con un sistema político primitivo en el que poco había reparado. En el primer episodio de la represión, eleva su queja al presidente de manera más o menos respetuosa, pero tan pronto es reprimido una vez más, se dirige al Presidente no como a un ser supremo, sino como a un ciudadano cualquiera que no está cumpliendo bien su trabajo: "sal al balcón hoción".

El Movimiento Estudiantil se inicia propiamente en el momento en que los estudiantes protestan por las agresiones de que han sido objeto por parte de los cuerpos de seguridad. Protestan porque consideran que la agresión constituye una violación a sus derechos ciudadanos. Junto con la protesta demandan la desaparición del cuerpo de granaderos, el cese de sus jefes y castigo para quienes ordenaron la agresión.

En las condiciones políticas que prevalecían entonces no era muy común que los ciudadanos esgrimieran derechos frente a los actos de la autoridad. Y menos frecuente aún era que se le exigiera adoptar tales o cuales medidas. Sin embargo, debemos reconocer que esporádicamente se daban algunos de esos casos.

Pero lo que definitivamente no había ocurrido antes de 1968, era que una protesta por violación de derechos y en apoyo de demandas a la autoridad, reuniera tantas personas, se mantuviera viva durante tanto tiempo e impactara con tanta fuerza a la sociedad entera.

¿Por qué ocurrió esto en 1968 y no antes, por ejemplo en 1957-1958, cuando tuvieron lugar las luchas sindicales en contra del corporativismo? La respuesta a esta interrogante puede intentarse por medio de dos explicaciones principales:

---

1. Las luchas sindicales se vieron confinadas a los centros de trabajo y el resto de la población las consideró como algo que le era ajeno;

2. La forma en que funcionaba la sociedad se avenía todavía sin grandes problemas a la forma en que gobernaba.

El movimiento estudiantil es la primera manifestación de la contradicción, hasta ahora no resuelta, entre dos procesos fundamentales de la estructura social mexicana: el desarrollo de la sociedad moderna y el rezago del sistema político. En el movimiento estudiantil debutaron en la arena política nacional las nuevas clases medias, que constituían el producto más acabado del avance experimentado por el país desde la década de los años treinta. Vale la pena detenerse un poco en esto.

Las condiciones de existencia y de reproducción de estas clases difieren grandemente de las de los otros sectores masivos. No han sido troqueladas bajo los principios de callar y obedecer, sino que han gozado de todo tipo de facilidades y su educación ha estado marcada por la libertad de cátedra, la crítica y en muchos casos también la autonomía de sus centros de estudio.

Las nuevas clases medias son, entre los sectores modernos, el componente más evolucionado y más libre. No está sujeto a las ataduras de los otros sectores, como los empresarios que dependen de la protección, los subsidios, etcétera, o los obreros encuadrados dentro de un marco corporativista y clientelista. Para las nuevas clases medias la existencia de derechos no es esa fachada que apenas encubre la realidad del ejercicio autoritario del poder, los derechos deben ser respetados y la autoridad misma debe someterse a ellos.

El hecho de que la protesta juvenil haya encontrado tanto apoyo entre la población del país, pone en evidencia que la sociedad en su conjunto, sentía ya la necesidad de que se hicieran vigentes las normas generales que requiere el funcionamiento adecuado de una sociedad moderna, normas que están consignadas en la legislación básica del país pero que constantemente son ignoradas.

El gobierno, por su parte, plantea las cosas de otra manera, desde su perspectiva autoritaria. Lo primero que reivindica es el principio de

autoridad. Su concepción de la autoridad se halla más cerca de las concepciones absolutistas que de las democráticas: por encima del gobierno no hay derecho que valga. Como muestra de flexibilidad declara que está dispuesto a considerar los planteamientos de los estudiantes si éstos, primero, deponen su actitud de rebeldía. Más tarde se explicaría por qué el gobierno se estaba viendo orillado a utilizar la fuerza para restaurar el orden: ceder a las demandas de los estudiantes bajo presión, se decía, sería invitar a cualquier otro grupo a que hiciera lo mismo y comprometerse a satisfacer también sus demandas. Pero cuando cualquier grupo se agrega, puede imponer sus demandas al gobierno y entonces éste ya no es gobierno y el resultado de esto es la anarquía.

La enorme brecha que separaba a las dos partes del conflicto hacía sumamente difícil que se encontrara una salida positiva. Pero no imposible. Los estudiantes podrían haber detenido o reencauzado su actividad para tratar de alcanzar sus objetivos a plazo medio o largo. El gobierno podría haber hecho algunas concesiones inmediatas y puesto en marcha un plan de ajustes dirigido a hacer compatible la forma de gobierno con las exigencias de la sociedad moderna.

Pero cada una de las partes enfrentaba sus propias limitaciones. El Movimiento Estudiantil carecía de un verdadero liderato capaz de imprimirle una dirección y por las limitaciones propias de su naturaleza social, amén de la represión feroz de que fue objeto, no podía cambiar sólo el sistema político, solamente pudo hacer patente la necesidad del cambio. En el gobierno no tenían influencia los sectores que eran conscientes de que el sistema político se encontraba rezagado. Dentro del Movimiento Estudiantil dominaba la espontaneidad, en el gobierno los temores hacia la amenaza comunista y el madrugete en la sucesión presidencial.

Antes de recurrir al uso de la fuerza, el gobierno intentó utilizar métodos que en el pasado le habían permitido superar otros desafíos: intentó desvirtuar el movimiento, cooptar dirigentes y sobornar conciencias, pero fracasó una y otra vez. La propia opción represiva demostró ser insuficiente si no se realizaba en gran escala: fracasó la ocupación de la Ciudad Universitaria que contemplaba el descabezamiento del Movi-

---



miento. También fracasó la toma del Casco de Santo Tomás. Sólo pareció funcionar la masacre del 2 de octubre que efectivamente puso fin al Movimiento Estudiantil, aterrizó a la población y desprestigió irreversiblemente al régimen autoritario.

Sin embargo, el fin del movimiento no implicó la solución del problema planteado por la rebelión juvenil, que era la contradicción entre las necesidades de la sociedad moderna en desarrollo y la forma de funcionamiento de un sistema político rezagado. La represión del Movimiento estudiantil hizo más intensa la necesidad de cambiar ese sistema político anacrónico.

Quiero terminar mi intervención con una última remembranza de 1968. Corrían los primeros días de septiembre, el presidente Díaz Ordaz había presentado su informe ante el Congreso de la Unión y en el mensaje político estaba contenida una clara amenaza de represión al movimiento estudiantil. Los miembros del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras se reunieron para evaluar la situación. José Revueltas, quien se había incorporado al Comité como otros intelectuales, comentaba: “nos han colocado un revólver en la nuca, debemos levantar la huelga para prevenir la agresión y proceder a organizarnos para librar la lucha de otra manera”.

Otros intervinieron expresando puntos de vista semejantes y al final se acordó proponer a la asamblea de estudiantes el levantamiento de la huelga. Roberto Escudero, buen orador y dirigente reconocido, fue el encargado de hacer el planteamiento. El Auditorio Justo Sierra, rebautizado entonces como Che Guevara, estaba totalmente lleno, la atmósfera era festiva y combativa. Escudero comenzó haciendo un análisis de la peligrosa situación que prevalecía y poco a poco presentó los argumentos que lógicamente conducían a la conclusión de que era necesario levantar la huelga. Los oyentes captaron de inmediato la intención del orador y pronto manifestaron su oposición a volver a clases. Ante esta reacción, ya no se hizo la proposición que se consideró desechada antes de ser formulada y se expresó que se haría lo que la Asamblea decidiera.

La huelga siguió a pesar de que cada día se multiplicaban los indicios de que el gobierno preparaba la represión.

Uno o dos días antes de que el ejército ocupara Ciudad Universitaria, me crucé, en el estacionamiento de la Facultad, con uno de los compañeros que más resueltamente se oponían a levantar la huelga. No me pudo saludar de mano porque cargaba un pequeño bote, pero cuando entré al edificio, lo primero que vieron mis ojos fue el mensaje que había pintado en uno de los muros: "VOLVERÉ Y SERÉ MILLONES".

Después vino la represión y detrás de ella la depresión y la confusión de tantos años y me olvidé de ese suceso como de tantas otras cosas. Sólo cuando conocí los resultados de la elección de julio de 1997 y vi las celebraciones que llenaron el Zócalo con el mismo espíritu festivo y optimista de 1968, recordé ese mensaje y vino a mi memoria ese compañero cuyo nombre he olvidado al igual que sus facciones. Debe ser ya un hombre maduro que probablemente estaba ahí entre la multitud y tal vez era alguno de tantos que vi alegres y sonrientes, y que parecían decirme "ves como tenía razón, yo soy éstos y todos los millones que ahora hemos sitiado al autoritarismo".